

te—el verbo de Juan Jacobo... (La Fontaine es, sin discusión, del número de autores que deben formar las inteligencias francesas; pero está probado que no agrada gran cosa a los niños.) Terminada la lectura, pregunté a Pedro:

—¿Qué piensas tú de esa historia?

Tu hijo respondió con mucha sencillez y no poco buen sentido:

—Que no se debe tener afición a las alabanzas.

Diciendo esto miraba de reojo a su prima, a la cual, precisamente, parece que le agrada que la celebren, y que se pavonea, satisfecha, cuando oye murmurar a su paso: «¡Qué niña más bonita!», o «¡Qué pelo rubio más precioso!»

—¿Y tú, Simona?—pregunté.

Hizo un mohín; le desagradaba pronunciar su propia condena. Y, con sus grandes ojos de muñeca fijos en mí, replicó, perfectamente consciente de la «malicia» que contenía su respuesta:

—Esta fábula demuestra que hay que oír las alabanzas haciendo como que no se oyen.

He puesto la misma buena nota a los dos. Juan Jacobo me habría censurado. Pero yo prefiero que los niños franceses no carezcan de ingenio.

CARTA DECIMOSEGUNDA

Una consulta.—Las dos mujeres y los dos hijos del doctor.—Deberes de una pareja de educadores sistemáticos.—Enrique se aburre.—El remedio del colegio.—Examinemos a sangre fría el problema del internado.—Utilidad de la vida y educación en conjunto.

Días pasados recibí, querida sobrina, unas líneas del doctor Bertrand Tasqué. En la forma un poco ceremoniosa que le es habitual, y pidiendo un sin fin de excusas, me rogaba «le fijase día y hora para una entrevista en mi casa, o mejor en la suya, si no me era molesto».

Por eso ayer, a eso de las cinco y media, me encontraron Pedrito y su institutriz en la escalera de vuestra casa.

Un poco intrigado, fui introducido en el despacho del doctor, donde su mujer y él me esperaban con visible impaciencia.

«—¡Querido amigo!—me dijo el doctor—; tanto usted como yo tenemos el tiempo muy escaso, de modo que voy a ir directamente al asunto, a pesar de la aparente digresión de mi exordio.

»Usted sabe que yo me casé dos veces. Mi primera mujer fué una simple enfermera, muy hermosa, muy joven y perfectamente virtuosa, pero

sin grandes curiosidades intelectuales. Usted conoce su imagen exacta: mi hija Silvia, con la que es usted muy indulgente, y la que recompensa su indulgencia con un sincero afecto hacia usted.

»Silvia recuerda de tal manera a su madre, que a veces, cuando entra de improviso en mi despacho, me creo alucinado ante la aparición de mi pobre Cecilia...»

Durante este discurso, observaba yo a la segunda señora de Tasqué, la rumana Amalia. Estaba completamente tranquila, como una persona en quien domina el espíritu, avezada en el juego de ideas, y que no piensa en turbarse con mezquinos celos póstumos.

El doctor prosiguió:

—«El parecido de Silvia con su madre, no es solamente físico. Silvia tiene el mismo corazón abnegado, la misma pasividad de humor, y habría demostrado la misma indolencia mental; pero por no disgustarme, ha adquirido el bagaje intelectual de una muchacha corriente, burguesa.

»Tenía Silvia diez años, y hacía diez que estaba yo viudo, cuando en la biblioteca de la Facultad encontré a mi querida Amalia. Ella preparaba el externado, y yo era ya interno. Amalia no poseía la belleza de Cecilia, lo digo delante de ella, porque tiene el alma demasiado elevada y demasiado vivo el gusto de la verdad para ofenderse. Tanto más, cuanto que la comparación de las dos personalidades concluye en favor suyo. Amalia posee una inteligencia excepcional, unida a la más firme voluntad, a la más noble inclinación, a las ideas puras, al bien moral y a la ciencia desinteresada. Al hacerse mi compañera, renunció, por su gusto, a todo porvenir universitario; pero yo proclamo ante usted que ella ha prestado generoso y pre-

cioso concurso a todos mis trabajos. Ella es espíritu de mi espíritu, como es carne de mi carne...»

Al oír estas palabras de su marido, el rostro enjuto, regular e inteligente de Amalia, pareció colorearse ligeramente. Bajó sus ojos, bastante bonitos, y me pareció que más que cualquier alabanza referente a su físico, estimaba las completamente intelectuales.

—«Con una abnegación y un ardor admirables— continuó el doctor—emprendió Amalia el perfeccionamiento espiritual de Silvia. No lo consiguió más que en parte, aunque mi hija se esforzaba sinceramente en complacerla. Por fortuna, antes del año de casados, nos vino al mundo un hijo... Y desde entonces, condensamos en él todas nuestras aspiraciones, que son: formar un ejemplar de la naturaleza humana, lo más perfecto posible, física, intelectual y moralmente.

»Usted no ignorará el sincero y apasionado esfuerzo que hemos puesto en nuestra empresa. A usted le interesan las cuestiones de educación sobre las cuales hemos discutido más de una vez. Estábamos, sin embargo, de acuerdo sobre algunos puntos, sobre todo, sobre el de que la mala educación de los niños, se debe, de cada diez veces, a la pereza de los que los educan. Diferimos, en otros, porque mi sistema es estrictamente científico, fundado sobre las leyes de la higiene, de la psicología y de la sociología, y usted dice no tener una fe absoluta en la aplicación exacta de esas ciencias, y pone más empirismo y más tradición en sus procedimientos.

»¿Quién de los dos tiene razón en principio? Yo no estoy aún convencido de que sea usted. Pero hay un hecho innegable, y es que nosotros nos hemos equivocado en la educación de nuestro hijo

Enrique. Nos respetamos a nosotros mismos, y respetamos demasiado la verdad para engañarnos. Enrique tiene ocho años, y es una mediocridad, desde todos los puntos de vista. No es robusto; es melancólico, nervioso; sabe mal lo que su madre le enseña a fuerza de paciencia, y eso mismo parece que va olvidándolo poco a poco: porque a medida que crece, se resiste más a la educación. Ya no podemos, literalmente, hacerle trabajar. Opone una inercia incoercible, y los castigos le producen verdaderas crisis. Su madre y yo empezamos a desesperarnos. Y, cosa lamentable, este niño, al que adoramos, parece que «ya no nos quiere». Ni Amalia ni yo conseguimos nada de él, como no sea por la intervención de su hermana Silvia, en la que parece que ha puesto todo su cariño...»

En este momento vi volverse a la señora de Bertrand-Tasqué para enjugarse furtivamente los ojos. Esta intelectual desequilibrada, no deja por eso de ser una madre sensible.

—«He ahí el caso, amigo mío—continuó el doctor—. Después de muchas reflexiones, hemos pensado consultar con usted. ¿Es indiscreto preguntarle lo que haría usted en lugar nuestro? Nosotros ya no sabemos qué hacer... Hemos agotado nuestra buena voluntad y nuestra facultad de reflexiones. Aconséjenos. No le prometemos seguir ciegamente su consejo: pero lo tendremos muy en cuenta...»

* * *

Así habló el doctor, y sin envanecerme lo más mínimo esta demanda, me conmovió la sencillez y la sinceridad de los que me la presentaban. Tan

pocas personas tienen el valor de decir: «Me he equivocado» o «¡No sé!» La estimación que yo profesaba al matrimonio Tasqué aumentó considerablemente.

«—Caramba, querido doctor—repliqué—; me pone usted en un gran apuro. Ustedes son dos sabios, y piden consejo a un ignorante. Admitamos que los consejos de la ignorancia puedan servirles de materia de reflexión, de «reactivo» intelectual. Yo sólo a ese título los doy, y porque ustedes me lo exigen... Una vez vi a un amigo mío, cirujano de fama, recurrir con éxito a un curandero del campo.

»Pero antes de que el curandero formule ninguna opinión, ¿quieren ustedes permitir que oigamos el parecer de Silvia, puesto que, por lo visto, es ella la que tiene ahora más influencia moral sobre nuestro sujeto?»

Los dos esposos cambiaron una breve mirada de extrañeza. Pero en el acto mandaron en busca de Silvia.

Tú, Francisca, conoces a esta encantadora chiquilla, que es ya mujer por la formación de su cuerpo, esbelto sin delgadez, que tiene unos soberbios cabellos color oro pálido, unos ojos grises, un rostro ovalado, regular, sonriente; que parece, en fin, una Ofelia alegre, como la llama con acierto Máximo, tu marido. Su exterior es tan agradable y su carácter tan igual, que gusta a todo el mundo, sin esforzarse ella por conseguirlo. Yo conozco el secreto de su encanto: que es naturalmente modesta y no tiene ningún deseo de hacerse valer. Casi todos los seres humanos, deseados de ser advertidos y admirados, tienen un engrandecimiento inconsciente hacia aquellos de sus

semejantes que renuncian deliberadamente a aventajarlos y eclipsarlos.

Silvia entró y me saludó con su naturalidad tímida, que es uno de sus atractivos. Ya sabes tú que somos grandes amigos. Su género de mentalidad me agrada sobremanera; lo que sabe, lo sabe bien; lo que juzga, lo juzga por sí misma; y en estos tiempos de cotorreo literario, encuentro muy atrayente su quietud intelectual.

Interrogada sobre el estado de su hermano, respondió sencillamente:

—Yo creo que se aburre.

Le pedimos que se explicase. Procuró complacernos, haciendo graciosos esfuerzos, que plegaban su frente ofeliana.

—Todo le aburre—repitió—. Le repugnan los ejercicios físicos, la gimnasia. Los libros le causan horror. Cuando se le sienta ante su mesita de trabajo, tiene terribles crisis de llanto; y tengo que acariciarlo y besarle mucho antes de decidirle a que haga algo.

—Es una «fobia»—insistió la doctora consorte—. Le ha tomado antipatía a todo lo que le mandamos hacer. Y Dios sabe lo suavemente que le mandamos. ¡Bien hemos disminuído nuestra antigua firmeza!

—En fin—repitió Silvia con la dulzura obstinada que comunica tanto peso a lo que se afirma—, el niño se aburre. Yo no sé decirlo de otro modo; pero me parece que éste es el justo. Mi hermanito se aburre con nosotros...

—Contigo, no—corrigió el doctor.

—Sí..., conmigo también..., lo veo.

—¿De verdad?—dijo Amalia, cuyo rostro se iluminó—. ¿Tú crees que también se aburre contigo?

—Estoy segura.

El doctor se volvió hacia mí con ese gesto simultáneo de las manos y la barbilla, que significa en todos los idiomas: «Esta es la situación... ¿Qué hacer?...»

Un poco cohibido por la función de augur que acababan de atribuirme, dije lo más modestamente que pude:

—Yo pondría a ese niño en un colegio.

Si hubiese propuesto expedir al «embuchado científico» al Alto-Obangi para convivir con los negros antropófagos, o enviarlo a una colonia penitenciaria hasta su mayoría de edad, no creo que hubiese podido pintarse más estupor en los rostros de la pareja Tasqué.

—¡Al colegio!—murmuró ella—. ¡A esos antros de suciedad, de ignorancia y de depravación!

—¡Al colegio a los ocho años!—repitió el doctor.

Silvia, pensativa, no dijo nada, porque no teniendo idea de lo que es un colegio de niños, se consideraba sin opinión sobre el asunto.

—Sí—repuse—. Yo pondría a Enrique en un colegio. No crean ustedes que me divierto haciendo paradojas. Por mi parte, tampoco siento gran admiración por los colegios, tal como están. Pero tampoco creo indispensable que el niño vaya interno...

—¡Eso nunca!—exclamó la señora de Tasqué casi con violencia.

—Señora, ¿quiere usted permitirme hacerle observar que, aun durante mucho tiempo, los padres franceses no tendrán más remedio que el internado para dar una educación integral a sus hijos? Por lo tanto, so pena de restringir demasiado el privilegio de la educación, no debemos rechazar «a priori» la solución del internado. Más bien de-

bemos tratar de moralizarlo, perfeccionarlo, adaptarlo.

»Envilezcamos los internados del pasado, el nuestro; confesemos, no obstante, que en ellos casi nadie murió ni se volvió loco, y que de los internados salieron hombres como Dumas (hijo), Pasteur, Anatole France, Hervieu, Rostand, etc. Si fuesen absolutamente malos, no habrían producido más que frutos averiados. Por lo tanto, había en ellos algo que no era del todo malo, y hasta algo bueno.

—La disciplina—interrumpió el doctor.

—Sí; pero sobre todo, la vida en comunidad. Los pequeños animales la necesitan; muchos se desmejoran en la soledad, que es también perjudicial para el pequeño animal humano. Todos los niños «corrientes» estudian mejor, se divierten mejor y se desenvuelven con más rapidez en la sociedad de otros muchos. He aquí por qué he querido que Pedrito y Simona reciban juntos la educación. Y aunque ni uno ni otro muestran aún las señales de laxitud que presenta Enrique, yo estoy ya pensando en mezclarlos por algunos días a esas sociedades en miniatura que forman los colegios.

»Y es que entre los procedimientos poco numerosos en los que confío en materia de educación, hay uno fundamental: la educación debe ser «real», quiero decir, que debe calcarse sobre la realidad, acercarse a la vida, preparar a los niños a ser hombres y mujeres, y no candidatos a exámenes, fenómenos morales.

»Ahora bien, el hombre y la mujer corrientes viven en sociedad, es decir, chocan con el amor propio, la codicia, la envidia y la doblez de los demás; pero también se divierten con los hechos, los gestos de los demás, se interesan por sus conversaciones y se encantan con algunas de sus ma-

neras afectuosas. Lo mismo le sucede al niño en el colegio. Tanto las penas que sufre, como los goces que experimenta, son preciosos para su formación. Y si algunas veces (sobre todo en los internados antiguos) fueron para el niño mayores las penas que las alegrías, y si pagó cara su formación humana, fué por causa de la inercia paterna, que no se tomó el trabajo de escoger ni conocer el sitio en donde iba a meter al hijo.

—Yo no podría—objetó la señora Tasqué—separarme de mi hijo y confiarlo a personas extrañas, en el estado en que se encuentra.

—Tiene usted razón, señora. No conceda a esto que acabo de decir más importancia que a una digresión. Lo que yo quería demostrar es que, sin el internado, sería imposible dar educación a la mayor parte de las criaturas... Pero estamos de acuerdo en que el internado es de lo peor que puede haber. Lo que no es lo peor, lo que es una formación útil, a la que la educación estrictamente familiar no puede suplir, nada más en ciertas naturalezas excepcionales, es la «educación de los niños en conjunto». Adviértase que no es necesario que se lleve a cabo de este modo toda la educación, ni que sea continua durante todo el año, ni que dure las veinticuatro horas del día. Lo que hace falta es que el niño no ignore a sus pequeños semejantes; que sus cualidades y defectos entren en contacto con las cualidades y defectos de los otros. Por eso, cuando la situación de los padres lo permite, el sistema ideal es una educación en familia de dos o tres niños, alternando con estancias más o menos largas en un buen internado. Pueden empezar a ir al externado cuando tienen diez u once años; a esa edad tiene ya el niño buenas costum-

bres adquiridas y un esbozo de carácter que el externado no podrá deformar...

»Pero en un caso como el del niño de ustedes, encuentro que urge tanto cambiarle de ambiente, distraerlo, en el verdadero sentido de la palabra, que yo no tardaría ni un día en buscarle un buen externado.

—¡Pobrecito mío!—murmuró Amalia—. ¡Qué desorientado va a encontrarse!...

—Menos de lo que usted cree, señora. Yo le encuentro agobiado por la superioridad de las personas que le rodean. Ha respirado un aire demasiado intelectual, y la sandez, las travesuras, los golpes, todo el manejo pueril de sus nuevos camaradas, le servirá de alivio. Estoy seguro de que Silvia piensa como yo.

—Es verdad—dijo la muchacha—. Enrique me habla muchas veces, como con envidia, de los pequeños colegiales que ve pasar en alegres grupos, y hasta de los pilluelos que juegan en la calle. «¡Qué suerte tienen!», dice siempre.

—Nosotros no le permitíamos ninguna amistad infantil, para que no se alterasen los principios de educación que le inculcábamos—dijo el doctor pensativo—. Era, por lo visto, una medida exagerada.

Juzgando que mi papel debía limitarse a una discreta sugestión, me levanté.

—Para terminar—dije—, yo no he hecho más que someter a ustedes una materia de reflexión, señalando la triple ventaja de la educación en conjunto (bajo la forma de externado, y sin juzgar la dosis) para los niños un poco difíciles: les divierte, forma sus caracteres y excita en ellos la emulación.

—La emulación es una inmoralidad—objetó el

doctor—. Es la utilización de un sentimiento malo.

—Un sentimiento utilizado para el bien no es nunca un sentimiento malo—repliqué—. Lo dice San Agustín. Y además, censúrenme ustedes, pero yo repito que soy absolutamente realista en educación. Se forma mejor a los hombres con pequeñas realidades que con grandes frases.

Cuando los tres me acompañaban hasta la antecámara, dije negligentemente al doctor:

—Esta es para mí semana de consultas. Nuestro amigo Lespinat me ha escrito de Berry, pidiéndome detalles sobre la carrera consular. Su hijo Jorge persiste en dedicarse a la literatura, y, sin combatir su gusto, su padre querría abrir a su hijo una carrera en forma.

Los dos Tasqué, que no pensaban más que en su «embuchado científico», me escucharon sin manifestar interés. Pero el rostro de Silvia se cubrió de un rosado tan vivo, que casi me arrepentí de haber introducido la sonda en un corazón de muchacha.